



## DESPEDIDA DE SOLTERO PROGRE

Ya las despedidas de soltero, desde que cerraron las casas de trato, no tienen la salsa que tenían antes. Es más: a veces los amigos del novio ni siquiera se emborrachan, ni cantan «Asturias, patria querida», ni terminan pegándose con un sereno, ni nada. Por eso los novios llegan a las bodas puntuales y lavoteados como enviado del Vaticano, sin ojeras y sin nada.

Y si el novio es un progre, la cosa ya no hay quien la aguante. Un amigo mío, progre el hombre, se casó la semana pasada. Y nos invitó a la despedida de soltero. Empezamos temprano. A las cinco de la tarde nos chupamos una película de Saura que no se la salta un galgo. Después nos metió en su casa y nos leyó uno detrás de otro, sin dejar tiempo a un respiro, un editorial de «Cuadernos para el diálogo», un reportaje de «Le Nouvel Observateur», dos papeles clandestinos, un artículo

de Aranguren y parte de un libro de García Calvo. Luego nos llevó a un «pub» y nos tiramos dos horas hablando de Duverger, de Albania, de las multinacionales y de las conquistas chinas en materia de investigación bioquímica. Terminado lo cual, nos fuimos a una tasca muy a modo, donde cenamos frugalmente, mientras seguíamos hablando de Azaña, del PENS, del M.S.I. y del último recital de Víctor Manuel.

Cuando salimos, ya de madrugada, cumplió con el ritual:

—Ea, y ahora, la mujer. La mujer no puede faltar en una despedida de soltero.

Yo pensaba que nos íbamos a ir al ligoteo basto. Pero el tío cogió el bolso, sacó el «Nuevo Fotogramas» y nos leyó de pe a pa una entrevista con Emma Cohen.

COCO

